

SARA  
RAMO

Estamos contenidos por unidades de medida, más o menos generosas, presentes en cada edificación programada, conminados por una especie de pacto implacable a organizar cuerpos, sentidos, saberes, castigos.

Podríamos imaginar otras aptitudes, espacios insumisos que acojan circulaciones que se resisten a ser confinadas, como una mancha de moho que crece en las esquinas, o venas visionarias que palpitan nuevos comunicados.

En mi trabajo tiendo a trazar caminos internos como colas de gusanos partidos que insisten en vivir por su cuenta y crean agujeros.

Todo espacio edificado es una cáscara, una piel o una máscara. Como artista estoy siempre alerta, me comunico con fantasmas y existencias invisibles, con la silla rota del depósito, con un trozo de envoltorio en el suelo, con las gotas de sudor caídas en la mezcla del cemento un día fresco. Hay que saber darle la vuelta a un edificio, me digo, y busco cavar los suelos, atravesar el yeso, vestir las columnas, abrir puertecillas, incrustar el recuerdo del esqueleto de un pájaro atrapado en la ventana... Un detalle fundamental y de apariencia inservible, como ver las costras de la Historia en las paredes. Hay que buscarle al espacio las entrañas, invocar la arquitectura instintiva, inaugural, la arquitectura-cueva y la arquitectura-techo, albergar un espíritu, dar cabida a un vacío. Hurgar y ver encarnar la población de un imaginario extraño y común. Hacerse carne y materia, y justamente, insistir en un vacío lleno de vida. Un vacío continente albergado por paredes, techos, tuberías.

We are contained by units of measurement, more or less generous, present in every programmed building, required by a kind of implacable pact to organize bodies, senses, knowledge, punishments. We could imagine other attitudes, unsubmitive spaces that foster fluxes, which resist being confined, like patches of mold growing in corners, or visionary veins pulsing new communications.

In my work I tend to trace internal pathways like the tails of dissected worms that insist on living on and make holes. Every built space is a shell, a skin or a mask. As an artist, I am always alert: I communicate with spirits and invisible existences, with the broken chair in the attic, with a piece of wrapping paper on the floor, with the drops of sweat falling into the fresh mix of concrete. "One needs to know how to turn a building inside out", I tell myself, as I look to dig up the floors, break through the plaster, dress the columns, open little doors, embed the memory of a bird's skeleton trapped in the window ... Fundamental gestures, of apparently no use, like envisioning the scabs of History by looking into the walls. One has to seek through the entrails of the space, invoke the primary instinctive architecture, the cave-architecture and the roof-architecture; house a spirit, make room for a void. Poke and prod, to see a strange and common imaginary incarnate. Become flesh and matter, and precisely, insist on a void full of life. A void that simultaneously contains and is sheltered by walls, ceilings, pipes.